

DIVERSAS ENSEÑANZAS DE NUESTRO SANTO PADRE DOROTEO A SUS DISCIPULOS

Cuando dejó el monasterio de abba Séridos y fundó, con la ayuda de Dios, su propio monasterio, después de la muerte de abba Juan el Profeta, y de la reclusión definitiva de abba Barsanufio.

CUARTA PARTE

X CONFERENCIA: ACERCA DEL FIN PRECISO Y DE LA VIGILANCIA CON LA QUE DEBEMOS MARCHAR EN EL CAMINO DE DIÓS

104. Hermanos, cuidemos de nosotros mismos, seamos vigilantes. ¿Quién nos devolverá el tiempo si nosotros lo perdemos? Podremos buscar los días perdidos, pero no encontrarlos. Abba Arsenio se decía sin cesar: "Arsenio, ¿para qué saliste del mundo?"¹. En cambio nosotros somos tan negligentes que ni sabemos por qué hemos salido, ni sabemos qué es lo que buscamos. Y por eso no progresamos, y caemos siempre en la aflicción. Ello se debe a que nuestro corazón no está atento. Porque si combatiésemos un poco, no sufriríamos ni penaríamos por mucho tiempo, ya que si bien en los comienzos hay que esforzarse combatiendo poco a poco, vamos avanzando y terminamos por trabajar en paz, pues Dios ve que nos hacemos violencia y nos da su socorro.

Hagámonos violencia, pongamos manos a la obra y tengamos al menos la voluntad de hacer el bien. Aunque no hayamos alcanzado todavía la perfección, el solo hecho de desearlo es ya el comienzo de

Traducción y notas del P. Fernando RIVAS, osb.

1. *Apotege*. ARSENIÓ 40, PG 65, 105C.

nuestra salvación. Porque del deseo pasaremos con la ayuda de Dios a la lucha, y en la lucha encontraremos el auxilio de Dios para adquirir las virtudes. Es lo que hacía decir a uno de los Padres: "Da tu sangre y recibe el espíritu"², es decir, lucha y entra en posesión de la virtud.

105. Cuando estudiaba las ciencias profanas sufría mucho, pues cuando me disponía a tomar un libro, era como si fuese a meter la mano en una bestia salvaje. Pero como me esforcé con perseverancia, Dios me ayudó, y alcancé el hábito de trabajar a tal punto que el entusiasmo por los estudios me hacía olvidar el reposo, el comer y el beber. Nunca iba a comer con mis amigos; tampoco iba a conversar con ellos durante el tiempo de estudio, a pesar de que me gustaba la sociedad y de que amaba a mis compañeros. Cuando el profesor nos mandaba, iba a darme un baño, ya que tenía necesidad de hacerlo todos los días a causa de la sequedad producida por el exceso de trabajo. Después me retiraba solo, sin saber qué era lo que comería. Era incapaz de dejarme distraer ni por la elección de mis alimentos. Además siempre había alguien que me preparaba lo que él quería. Tomaba lo que él me preparaba, pero sobre mi cama, donde tenía mi libro a cuya lectura me entregaba de tanto en tanto. Mientras descansaba lo guardaba cerca de mí, sobre mi escritorio, y después de haber dormido un poco, volvía a la lectura. También por la tarde, después del oficio de Vísperas, encendía la lámpara y leía hasta medianoche. No tenía otro placer que el de los estudios. Cuando vine al monasterio me dije: "Si por la ciencia profana experimenté tanta sed y ardor en aplicarme al estudio y adquirir la costumbre, ¿cuánto más por la virtud?". Y de este pensamiento sacaba gran provecho.

Si alguien quiere adquirir la virtud, no debe distraerse ni disiparse. Así como el que desea aprender carpintería no se dedica a otra cosa, del mismo modo sucede con los que quieren adquirir el arte espiritual: no deben ocuparse de otra cosa, sino que deben dedicarse día y noche a la forma de llegar a ser maestros. Los que no hacen eso, no sólo no progresan, sino que al no tener un objetivo, se fatigan y se pierden, por el hecho de que sin vigilancia y combate se cae fácilmente fuera de la virtud.

106. Las virtudes son un punto medio; es el camino real del que habla un santo Anciano: "Seguid el camino real, y contad las millas"³.

2. *Apoteg.* LONGINO 5, PG 65, 257B.

3. *Apoteg.* BENJAMIN 5, PG 65, 145A.

Las virtudes son el medio entre el exceso y la falta. Está escrito: *No te desvíes ni a derecha ni a izquierda (Pr 4, 27)*, sino sigue el camino real (cf. Num 20, 17). San Basilio dice: "Es recto de corazón aquel cuyo pensamiento no se inclina ni al exceso ni a la falta, sino que se dirige hacia ese medio que es la virtud"⁴. Lo que quiero decir es esto: el mal en sí mismo no es nada, porque no tiene ser ni sustancia, Dios no lo permita. Es el alma la que lo produce al separarse de la virtud y ser llenada por las pasiones. Y, precisamente por ese mal ella es atormentada, no encontrando su reposo natural. Es, por ejemplo, como la madera: no tiene ningún gusano, pero si se pudre un poco, de esa podredumbre nace el gusano que la roe. El hierro también produce la herrumbre, y él mismo es corroído por la herrumbre; o también el vestido que hace nacer las polillas, por las cuales luego es devorado. Del mismo modo el alma misma produce el mal que antes no tenía ni ser ni sustancia, y es devorada a su vez por ese mismo mal. Es lo que ha dicho tan bien san Gregorio: "El fuego producido por la madera consume la madera, como el mal a los perversos"⁵. Y esto es también visible en los enfermos. Si vivimos de manera desordenada sin cuidar la salud, se produce un exceso o carencia de humores, y de allí se sigue un desequilibrio. De ese modo, la enfermedad antes no estaba en ninguna parte, incluso no existía. Y al recobrar nuevamente el cuerpo su salud, la enfermedad no se encuentra en ninguna parte. De forma similar el mal es la enfermedad del alma privada de su salud natural, es decir de la virtud. Por eso decimos que la virtud es un punto medio. Por ejemplo, el coraje es el medio entre la cobardía y la audacia; la humildad, entre el orgullo y el servilismo; el respeto, entre la vergüenza y la insolencia; y así respectivamente todas las otras virtudes. El hombre que se encuentra revestido de todas esas virtudes es precioso a los ojos de Dios; y aunque parezca que come, bebe y duerme como el resto de los hombres, sus virtudes lo hacen precioso. Al contrario, si carece de vigilancia y no cuida de sí, fácilmente se aparta del camino, sea a la derecha sea a la izquierda, es decir hacia el exceso o la falta, y provoca esa enfermedad que es el mal.

107. Ese es el camino real que han seguido todos los santos. Las "millas" son las diferentes etapas que debemos medir para darnos cuenta de dónde estamos, a qué distancia hemos llegado, en qué estado nos encontramos. Me explicó: todos somos como viajeros que tienen por

4. S. BASILIO, *In Ps. VII*, 7, PG 29, 244 D.

5. S. GREGORIO NACIANCENO, *Orat. 23, 1*, PG 35, 1152C.

meta la ciudad santa. Partiendo de una misma ciudad, unos han recorrido cinco millas, y después se detuvieron; otros han recorrido diez; algunos han llegado hasta la mitad del camino; otros no han dado un paso: al salir de la ciudad se quedaron a las puertas, en su atmósfera nauseabunda. Puede suceder que otros recorran dos millas, pero después se pierden y vuelven sobre sus pasos, o habiendo hecho dos millas vuelven cinco para atrás. Otros han llegado hasta la misma ciudad, pero se quedaron fuera y no penetraron en su interior.

Eso es lo que nosotros somos. Seguramente hay entre nosotros quienes, habiendo dejado el mundo para entrar en el monasterio, tenían por meta la adquisición de las virtudes. De ellos unos han progresado un poco, pero después se detuvieron; otros han avanzado algo más; otros llegaron hasta la mitad del camino, pero se quedaron allí. También están los que no han hecho nada: dieron la impresión de abandonar el mundo, pero de hecho se quedaron en las cosas del mundo, en sus pasiones y en su podredumbre. Algunos llegaron a realizar algo bueno, pero después lo destruyeron, o incluso destruyeron mucho más de lo que habían hecho. Otros llegaron a adquirir virtudes, pero se enorgullecieron y despreciaron al prójimo: son los que permanecieron fuera de la ciudad sin entrar. Estos tampoco llegaron a la meta, pues aunque hayan llegado a las puertas de la ciudad, permanecieron fuera, por lo cual tampoco cumplieron su cometido. Que cada uno de nosotros tome conciencia de dónde se encuentra. Al salir de la ciudad ¿se ha quedado afuera, cerca de la puerta, a la vista de la ciudad? ¿Ha avanzado poco o mucho? ¿Ha recorrido la mitad del camino? ¿No habrá avanzado, y después retrocedido dos millas? ¿O habrá retrocedido cinco millas después de haber avanzado dos? ¿Ha llegado hasta la ciudad? ¿Ha entrado en Jerusalén? ¿O ha llegado a la ciudad sin poder penetrar? Que cada uno descubra en qué estado y dónde se encuentra.

108. Hay tres estados para el hombre: el que pone por obra sus pasiones, el que las controla, y el que las arranca de raíz. Practicar una pasión es realizar sus actos y entretenerse en ella. Controlarla no es ni practicarla ni arrancarla, sino razonando sobrepasarla, aunque la conserve en el corazón. Arrancarla de raíz es luchar y realizar actos contrarios a ella.

Estos tres estados tienen un largo proceso. Tomemos un ejemplo. Díganme qué pasión quieren que examinemos. ¿Quieren que hablemos del orgullo, de la fornicación? ¿O prefieren más bien que tra-

temos de la vanagloria, porque es la que con más frecuencia nos derrota? Es por vanagloria por lo que uno no puede soportar una palabra de su hermano. Llega a oír una sola, y ya queda turbado, y le responde cinco o diez. Discute, siembra la discordia, y cuando termina la querella, sigue pensando mal de su hermano porque le ha dicho esa palabra. Le guarda rencor y se aflige por no haberle dicho más cosas de las que le dijo. Prepara palabras peores todavía para decírselas. No deja de pensar: "¿Por qué no le habré dicho esto? Todavía puedo decirle esto otro". Y no logra salir de su furor. Este es el primer estado: es el mal convertido en estado habitual. ¡Dios nos libre de él! Tal disposición con toda seguridad está condenada al castigo. Todo pecado cometido es merecedor del infierno. Aunque se quiera convertir, aquel que se encuentra en tal estado no tendrá fuerza para llegar por sí solo a terminar con esa pasión, a menos que lo auxilien los santos, tal como dicen los Padres. Por lo tanto no ceso de repetirles: apresúrense a arrancar las pasiones antes que se transformen en hábitos.

Puede suceder que algún otro, turbado por una palabra que oyó, responda por su parte cinco o diez por una, luego se aflige por no haber dicho otras, tres veces peores, siente tristeza y guarda rencor. Pero después de unos días se arrepiente. Otro deja pasar una semana antes de arrepentirse; otro un solo día. Otro se irrita, pelea, se turba y perturba al otro, pero se arrepiente enseguida. Fíjense qué variados son esos estados, pero todos merecen el infierno ya que ponen por obra la pasión.

109. Hablemos ahora de los que controlan la pasión. Fíjense en un hermano que oye una palabra y se aflige interiormente, pero se entristece no por el ultraje recibido sino por no haber podido soportarlo. Ese es el estado de los que luchan, de los que controlan la pasión. Otro hermano lucha con esfuerzo, pero termina por sucumbir bajo el peso de la pasión. Otro no quiere contestar mal, pero se ve llevado por el hábito. Otro todavía lucha para evitar cualquier palabra desagradable, pero se entristece de haber sido maltratado, aunque condena su propia tristeza y hace penitencia. Tal otro, en fin, no se aflige por haber sido maltratado, pero tampoco se alegra de ello. Todos estos, fíjense bien, contienen la pasión. Pero hay dos que se distinguen de los otros, a saber, aquel que es vencido en el combate y aquel que es llevado por la costumbre, porque los dos corren el peligro de aquellos que ejecutan la pasión. Los he puesto entre los que la contienen porque esa es su intención. No quieren poner por obra la pasión, pero

experimentan tristeza y luchan. Los Padres han dicho que todo lo que el alma rechaza, es de poca duración⁶. Esos hermanos deben examinarse para saber si lo que retienen, no es la pasión misma, sino una de las causas de la pasión, y si no es por eso por lo que son vencidos y arrastrados.

Algunos luchan, por así decir, por contener la pasión, pero es bajo la instigación de otra. Tal hermano, por ejemplo, guarda silencio por vanagloria; tal otro, por respeto humano, o por alguna otra pasión. Es curar el mal con el mal. Abba Poimén dice que de ninguna manera la iniquidad destruye la iniquidad⁷. Por ello esos hermanos son de los que ejercitan la pasión, aunque no lo crean.

110. Ahora debemos hablar de aquellos que arrancan la pasión. Fíjense en un hermano que se alegra de haber sido maltratado, pero a causa de la recompensa que recibirá. Es de los que arrancan la pasión, pero no con sabiduría. Otro también se alegrará de haber sido ultrajado, y está convencido de que el ultraje le era merecido, porque él mismo había dado motivo. Este arranca la pasión con ciencia, ya que ser maltratado y atribuirse la culpa, tomar por propia cuenta los ultrajes recibidos, es obra de la sabiduría. Porque aquel que dice a Dios en su oración: "Señor, concédeme la humildad", debe saber que está pidiendo a Dios que le envíe alguien para maltratarlo. Y cuando es maltratado, debe maltratarse a sí mismo y despreciarse en su corazón, a fin de humillarse por dentro mientras lo humillan por fuera. Están finalmente también los que no sólo se regocijan por el ultraje y se consideran responsables, sino que también se afligen por la turbación de aquel que los ultraja. ¡Que Dios nos lleve a tal estado!

111. Fíjense en la naturaleza de estos tres estados. Que cada uno de nosotros, lo vuelvo a repetir, vea cuál es su estado. ¿Es con total conformidad como ejercita la pasión y la entretiene? ¿O bien, sin obrar voluntariamente, la pone en práctica vencido o arrastrado por el hábito? Y después, ¿se aflige por ello? ¿Hace penitencia? ¿Lucha por contener la pasión con sabiduría, o bajo la instigación de otra pasión? Porque hemos dicho que se puede guardar silencio tal vez por vanagloria, por respeto humano, en síntesis, por una consideración humana. ¿Ha comenzado a arrancar sus pasiones? ¿Lo hace con ciencia,

6. *Apotege*. POIMEN 93, PG 65, 345A.

7. *Ibid.*, 177, PG 65, 365A.

realizando actos contrarios a la pasión? Que cada uno se fije dónde se encuentra, a qué distancia se halla.

Además de nuestro examen cotidiano, debemos examinarnos cada año, cada mes y cada semana, preguntándonos: "¿Dónde me encuentro ahora respecto de aquella pasión que me abatía la semana pasada?" Igualmente cada año: "El año pasado he sido vencido por tal pasión; ¿cómo me encuentro ahora?". De esta manera debemos interrogarnos cada vez para ver si hemos hecho algún progreso, si hemos permanecido estancados, o si nos hemos vuelto peores.

112. ¡Que Dios nos dé la fuerza, si no para arrancar la pasión, al menos para no ponerla por obra, para contenerla! Porque es algo realmente grave ejercitar la pasión y no contenerla. Les voy a decir a quién se parece el que ejercita la pasión y la entretiene: se parece a un hombre que toma en sus propias manos los golpes que recibe del enemigo y se los aplica a sí mismo en su corazón. En cuanto al que contiene la pasión, es como un hombre atacado por su enemigo, pero que, revestido con una coraza, no es alcanzado por ningún golpe. Finalmente el que arranca la pasión es como uno que rechaza los golpes que recibe o los devuelve al corazón de su enemigo; tal como dice el salmo: *que su espada entre en su corazón, y que sus arcos se rompan* (Sal 36, 15). Intentemos también nosotros, hermanos, si no podemos devolverle la espada en su corazón, no tomar sus golpes para aplicárnoslos a nosotros mismos en el corazón, y revistámonos también con una coraza, para no ser lastimados por ellos. ¡Que Dios en su bondad nos proteja, nos haga vigilantes y nos guíe en su camino! ¡Amén!

XII CONFERENCIA: DEL TEMOR AL CASTIGO QUE VENDRÁ Y DE LA NECESIDAD DE QUE AQUEL QUE DESEA SER SALVADO NO DESCUIDE JAMÁS LA PREOCUPACION DE SU PROPIA SALVACION

124. Mientras sufría en los pies unos dolores que me hacían sentir enfermo, algunos hermanos que venían a verme me preguntaron por la causa de mi mal; pienso que esto era con un doble fin: primero para reconfortarme y distraerme un poco de mis sufrimientos, y, además

para darme la oportunidad de decirles algunas palabras edificantes. Pero como el dolor no me permitió entonces responderles a gusto, es preciso que ahora me escuchen al respecto. ¿Acaso no es agradable hablar de la aflicción cuando ya ha desaparecido? También en el mar mientras castiga la tormenta, todos en la nave están angustiados, pero cuando la tempestad se calma, comentan entre sí alegremente sobre todo lo pasado. Es bueno, hermanos míos, y se lo repito sin cesar, relacionar todo con Dios y decir que nada se hace fuera de él. Dios sabe perfectamente que tal cosa es buena y útil y por eso la realiza, a pesar de que existan también otras razones. Por ejemplo podría decir que había comido con unos huéspedes, que me había excedido un poco por agradecerles, que mi estómago se había sentido pesado y se había producido una fluxión en el pie, lo que me habría provocado el reumatismo; podría así seguir encontrando otros motivos: no faltarán a quien quiera encontrarlos. Pero he aquí lo que es más exacto y más provechoso decir: esto sucedió porque Dios sabía que era útil a mi alma. Porque no hay nada que haga Dios que no sea bueno. Todo lo que hace es bueno y muy bueno. No hay entonces por qué inquietarse por lo que pasa, sino como ya lo he dicho, relacionar todo con la Providencia de Dios y quedar tranquilos.

125. Algunos se sienten tan agobiados por las penurias que los persiguen, que están dispuestos a renunciar a la vida misma y encuentran agradable la idea de la muerte que los libere. Es una prueba de cobardía y de mucha ignorancia, porque no saben qué destino temible puede aguardar a su alma cuando salga de su cuerpo.

Hermanos, estamos en este mundo por un gran favor de la bondad divina. Pero nosotros por ignorancia de las cosas del más allá encontramos agobiantes las de aquí abajo. Sin embargo no es así. ¿No saben ustedes lo que refiere el libro de los Ancianos? "Mi alma desea la muerte", decía un hermano muy probado a un Anciano. "Se debe —respondió el Anciano— a que huye de la prueba e ignora que el sufrimiento que vendrá es mucho más temible".¹

Otro hermano preguntó a un Anciano: "¿De dónde proviene el que me aburra cuando estoy en mi celda?". "Se debe —respondió el Anciano— a que todavía no has contemplado la felicidad esperada, ni el castigo futuro. Si los considerases atentamente, aunque tu celda se

1. Este apotegma no se encuentra en las colecciones editadas, pero el P. J. C. Guy ha señalado su presencia en el Manuscrito de la B.N. París, gracc. 1598, fº 145.

llenase de gusanos y estuvieras sumergido hasta el cuello, te quedarías sin asco². Pero nosotros querríamos salvarnos mientras dormimos, y por eso perdemos coraje ante las pruebas, cuándo por el contrario tendríamos más bien que agradecer a Dios y sentirnos felices de tener que sufrir un poquito aquí abajo, para encontrár algún descanso en el más allá.

126. Evagrio comparaba al hombre lleno de pasiones y que suplica a Dios: que apresure su muerte, con un enfermo que pidiera a un obrero romper lo más rápidamente su lecho de dolor³. En efecto, gracias a su cuerpo, el alma está entretenida y aliviada de sus pasiones: come, bebe, duerme, se distrae y divierte con sus amigos. Pero cuando ha salido del cuerpo, queda sola con sus pasiones que pasan a ser su perpetuo castigo: Está totalmente ocupada, consumida por su asedio, hecha añicos a tal punto que no es siquiera capaz de acordarse de Dios. Ahora bien, el recuerdo de Dios es el consuelo del alma según las palabras del salmo: *Me he acordado de Dios y ha sido colmada mi alegría* (Sal 76, 4). Pero las pasiones no le permiten siquiera ese recuerdo.

¿Quieren ustedes un ejemplo para comprender lo que intento decirles? Que alguno de ustedes venga y yo lo encerraré en una celda oscura, que pase solamente tres días sin comer, sin beber, sin dormir, sin ver a nadie, sin salmodiar, sin rezar, sin acordarse jamás de Dios, y verá lo que le harán las pasiones. ¡Y esto mientras todavía está aquí abajo! ¡Cuánto más tendrá que sufrir cuando el alma una vez salida del cuerpo sea entregada y abandonada a sus pasiones!

127. ¿Qué tendrá que soportar de ellas entonces, la desdichada? Ustedes podrán representarse de alguna forma ese tormento contemplando los sufrimientos de aquí abajo. Cuando alguien tiene fiebre, ¿qué es lo que le quema? ¿Qué fuego, qué combustible produce ese calor abrasador? Y si alguien padece de un cuerpo melancólico, mal equilibrado, ¿no es ese desequilibrio el que le quema, lo perturba sin cesar y atormenta su vida? Igualmente pasa con el alma apasionada: no cesa de ser torturada, la desdichada, por su propio hábito vicioso; tiene constantemente el amargo recuerdo y la penosa compañía de las pasiones que le queman constantemente y la consumen.

2. Apoteg. NAU 196, RQC 1908, p. 227; PL 73, 900C.

3. EVAGRIO, *Centuria IV*, 76, PO 28, 168.

Pero además ¿quién podrá describir, hermanos, esos lugares siniestros, esos cuerpos torturados de las almas a las cuales están asociados en tanto sufrimiento, sin morir jamás, ese fuego indescriptible, las tinieblas, las potencias inexorables en su venganza y los otros mil suplicios de los cuales hablan aquí y allá las santas Escrituras, todos ellos referidos a los malos actos y pensamientos de las almas? Así como los santos ganan los lugares de la luz y gozan entre los ángeles de una felicidad proporcionada al bien que han hecho, los pecadores son recibidos en los lugares oscuros y tenebrosos, llenos de horror y espanto, según palabras de los santos. En efecto, ¿qué puede haber más terrible y más lamentable que esos lugares donde son enviados los demonios? ¿Qué más amargo que el castigo al que son condenados? Y sin embargo los pecadores son castigados con los demonios mismos según está dicho: *Alejaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles (Mt 25, 41)*.

128. Pero lo más terrible es lo que dice san Juan Crisóstomo: "Aun si no existiera el río de fuego que se desliza, ni ángeles que exciten el terror, sino sólo el hecho de que entre los hombres algunos sean llamados a la gloria y al triunfo y otros sean vergonzosamente proscritos e impedidos de ver la gloria de Dios, ¿no sería la pena de esta humillación y de este deshonor, el dolor de verse excluido de tan gran bien, más amargo que toda gehena?"⁴. Porque entonces el reproche mismo de la conciencia y el recuerdo de las acciones pasadas, como hemos dicho precedentemente, son peores que miles de indecibles tormentos.

Según los Padres, en efecto, las almas recuerdan todas las cosas de aquí abajo: palabras, acciones, pensamientos, no pueden olvidar nada. Lo que dice el salmo: *En ese día se desvanecerán todos sus pensamientos (145, 4)*, se refiere a los pensamientos de este mundo, que tienen por objeto las construcciones, las propiedades, los familiares, los niños y todo comercio. Eso se desvanece cuando el alma sale del cuerpo; no conserva ningún recuerdo ni se preocupa más por ello. Pero aquello que ha hecho por virtud o por pasión, permanece en su memoria y no se pierde nada.

Si se ha prestado servicio a alguien o si nos han ayudado a nosotros, se recordará perpetuamente a aquel que está en deuda con nosotros o a aquel de quien hemos recibido ayuda. De la misma manera el

4. S. JUAN CRISOSTOMO, *Ad Theodorum lapsum*, PG 47, 294.

alma guardará siempre el recuerdo de aquel que le hizo daño y de aquella a quien se lo infligió. Lo repitió, nada de lo que ella ha hecho en este mundo muere; el alma se acordará de todo después de haber abandonado el cuerpo; es más, tendrá un conocimiento aún más profundo y más lúcido, habiéndose despojado de este cuerpo terrenal.

129. Hablábamos de esto un día con un gran Anciano y éste decía: "El alma salida del cuerpo recuerda la pasión que ha obrado, así como el pecado y la persona con quien lo cometió". "Pero —observé— quizás no sea así: Quizás el alma guarde el hábito proveniente del pecado consumado y sea de este hábito del que conserve el recuerdo". Discutimos largo rato sobre este punto, buscando aclararlo. Pero el Anciano no se dejaba persuadir e insistía en que el alma recordaba no sólo la forma del pecado, sino el lugar en que fue cometido así como la persona que fue su cómplice. En tal caso nuestro destino final sería aún más desdichado si no tomásemos cuidado de nuestros actos. Por esta razón no cesaré de exhortarlos a cultivar con esmero los buenos pensamientos para reencontrarlos en el más allá. Porque aquello que tenemos aquí abajo se irá con nosotros y nos acompañará en el más allá.

Preocupémonos de escapar de tal desgracia, hermanos, pongámonos nuestro celo y Dios tendrá misericordia. Porque él es, como dice el salmo: *La esperanza de todos los que están en los extremos de la tierra y de aquellos que están en el mar lejano* (64, 6). Aquellos que están en los extremos de la tierra son aquellos completamente sumergidos en el pecado; los que están en el mar lejano son aquellos que viven en la más profunda ignorancia. Y sin embargo, Cristo es su esperanza.

130. Es preciso un poco de esfuerzo. Esforcémonos por obtener misericordia. Cuanto más se descuide un campo estéril, más se cubrirá de espinas y de cardos, y cuando queramos limpiarlo encontraremos que cuanto más espinas tenga, más correrá la sangre de las manos que quieran arrancar esas malas hierbas, que por negligencia se ha dejado crecer. Porque es imposible no cosechar aquello que se ha sembrado. Quien quiera limpiar su campo, deberá primero arrancar de raíz cuidadosamente todas las malas hierbas. Si no arranca bien las raíces sino que corta sólo los tallos, volverá a crecer la maleza. Entonces, digo, debe arrancar hasta las raíces; luego, en el campo libre de malezas y de espinas, deberá remover la tierra con cuidado; aplastará los te-

rrones, trazará los surcos y cuando haya puesto su campo en condiciones, deberá por fin arrojar la buena semilla. Porque si después de todo este arduo trabajo deja el terreno desocupado, la maleza reaparecerá y al encontrar el suelo fresco y bien preparado, echará raíces aun más profundas y más numerosas.

131. Así pasa con el alma. Ante todo se debe suprimir cualquier inclinación arraigada y los malos hábitos, porque no hay nada peor que un mal hábito. "No es cosa fácil dominarlos, dice san Basilio⁵, ya que un hábito consolidado por una larga práctica se hace generalmente tan fuerte como la naturaleza misma". Es preciso luchar, repito, contra los malos hábitos y contra las pasiones, pero también contra sus causas que son sus raíces. Porque si no son arrancadas las raíces, las espinas necesariamente reverdecerán. Algunas pasiones, suprimidas sus causas, ya no pueden hacer nada. La envidia por ejemplo no es nada en sí misma, pero responde a muchas causas, una de las cuales es el amor a la fama. Es porque se desea el honor por lo que se ejerce la envidia sobre aquel que recibe honores o ha alcanzado mayor estima. Lo mismo sucede con la cólera, tiene muchas causas, especialmente el amor al placer. Evagrio lo recordaba cuando se refería a estas palabras de un santo: "Si suprimo los placeres es para quitar todo pretexto a la cólera"⁶. Los Padres enseñan además que toda pasión proviene del amor a la fama, del amor al dinero, o del amor al placer, como se los he dicho en otras oportunidades.

132. Por tanto, es necesario suprimir no sólo las pasiones, sino sus causas, y reformar la conducta por la penitencia y las lágrimas. Sólo entonces se comenzará a esparcir la buena semilla, es decir las buenas obras. Recuerden lo que dijimos del campo: si después de haberlo limpiado y puesto en condiciones no echamos ninguna buena semilla, las malezas volverán y encontrando buena tierra, recién trabajada, echarán raíces aun más fuertes. Lo mismo sucede con el hombre. Si después de haber reformado su conducta y hecho penitencia por sus obras pasadas, no se preocupa por hacer buenas acciones y por adquirir virtudes, le pasará lo que dice el Señor en el evangelio: *Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, vaga sin rumbo por lugares áridos en busca de reposo. No encontrándolo se dice "volveré a*

5. S. BASILIO, *Reg. Fus. tr. 6*, PG 31, 926B.

6. EVAGRIO, *Practicós II*, 99, PG, 40, 1252B — Versión castellana de Enrique CONTRERAS, osb, en EVAGRIO PONTICO, *Tratado de la Oración, Tratado Práctico, Espejo de Monjes, Espejo de Monjas*, Publicación de Cuadernos Monásticos, 1976, p. 51.

mi casa de donde salí". Y a su llegada la encuentra vacía, es decir sin ninguna virtud, barrida y ordenada. Entonces, va, busca siete espíritus peores que él, regresan y se instalan en ella. Y el estado final de ese hombre es peor que el primero (Lc 11, 24-27).

133. En efecto, es imposible para el alma permanecer en el mismo estado: o mejora o empeora. Por esto cualquiera que desee salvarse no debè sólo evitar el mal sino practicar el bien, como dice el salmo: *Apártate del mal y haz el bien* (36, 27). No nos dice solamente: *Apártate del mal* sino que agrega: *Haz el bien*. Por ejemplo, ¿alguien estaba habituado a cometer injusticias? ¿Que no las cometa más, pero además que practique obras de justicia! ¿Era un libertino? ¿Que ponga fin a sus perversiones pero a la vez que practique la templanza! ¿Era colérico? ¿Que no se irrite más, pero además que adquiera mansedumbre! ¿Era orgulloso? ¿Que cese en su altivez, pero que además sepa humillarse! Tal es el sentido de las palabras *Apártate del mal y haz el bien*. Porque a cada pasión corresponde su virtud opuesta. Para el orgullo es la humildad; para el amor al dinero, la limosna; para la lujuria, la templanza; para el desaliento, la paciencia; para la cólera, la mansedumbre; para el odio, la caridad. En resumen, a cada pasión, decimos, corresponde la virtud opuesta.

134. Les he repetido estas cosas. Hemos desterrado las virtudes e introducido las pasiones en su lugar. De la misma manera debemos esforzarnos no solamente por echar las pasiones sino por volver a introducir las virtudes, restableciéndolas en su propio lugar. Porque poseemos por naturaleza las virtudes que Dios nos ha dado. Al crear al hombre, Dios las puso en él, según la palabra: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza* (Gn 1, 26). *A nuestra imagen*, porque Dios ha creado al alma inmortal y libre, *a nuestra semejanza*, es decir según la virtud. En efecto está escrito: *Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso* (Lc 6, 36); *sed santos porque yo soy santo* (Lv 11, 44) y el Apóstol dice: *Sed buenos los unos con los otros* (Ef 4, 32). También el salmista dice: *El Señor es bueno con aquellos que esperan en él* (Lm 3, 25), y tantas otras cosas semejantes. Esto es la semejanza. Dios nos ha dado las virtudes con la naturaleza. Pero las pasiones no son naturales: no tienen ser ni sustancia; se asemejan a las tinieblas en que no subsisten por sí mismas, sino que son según san Basilio⁷, como un apasionamiento de la atmósfera, no

7. S. BASILIO, *Hom. 2 in Hexam.*, PG 29, 40C.

existen sino por la ausencia de luz. Al alejar las virtudes por amor al placer el alma provoca el nacimiento de las pasiones que luego se consolidan en ella.

135. Entonces, como dije, después de todo el buen trabajo del campo debemos sembrar enseguida la buena semilla para que produzca buen fruto. Pero además, el cultivador que siembra su campo debe, al tirar la semilla, esconderla y hundirla en la tierra, porque si no los pájaros vendrán a comerla y se perderá. Después de haberla escondido, esperará de la misericordia de Dios la lluvia y el crecimiento del grano. Porque podrá tomarse todos los trabajos de limpiar, remover la tierra y sembrar, pero si Dios no manda lluvia sobre su sembradío, toda la labor será vana. Es así como debemos obrar. Si hacemos algún bien, escondámoslo por humildad y pongamos en manos de Dios nuestra debilidad, suplicándole mirar nuestros esfuerzos, que de otra manera serían inútiles.

136. También suele pasar que después de haber regado y hecho germinar la semilla, la lluvia no cae en el tiempo debido y el germen entonces se seca y muere. Porque el grano germinado, como la semilla, precisa lluvia de tanto en tanto, para crecer. De manera que no podemos permanecer tranquilos. Sucede a veces que después del crecimiento del grano y de la formación de la espiga, la langosta, el gránizo u otra plaga destruyen la cosecha. Lo mismo sucede con el alma. Aunque haya trabajado para purificarse de todas las pasiones y se haya aplicado a practicar todas las virtudes, deberá siempre contar con la misericordia y la protección de Dios por temor de ser abandonada y morir.

Hemos dicho que la semilla, aun después de haber germinado, crecido y dado fruto, si no le cae lluvia de tanto en tanto, puede secarse y morir. Así pasa con el hombre. Si después de todo lo que ha hecho, Dios le quita un poco de su protección y lo abandona, heló aquí perdido. Bien, este abandono se produce cuando el hombre actúa contra su estado: por ejemplo, si es piadoso y se deja llevar por la negligencia o si es humilde y se hace orgulloso. Dios no abandona tanto al negligente en su negligencia y al orgulloso en su orgullo como a aquellos que caen en la negligencia o en el orgullo habiendo sido piadosos y humildes. Esto es pecar contra su estado y de ahí proviene el abandono. He aquí por qué san Basilio juzga en forma distinta la falta de aquel que es piadoso de la falta del negligente⁸.

8. Ibid., *In Ps. VII*, 5, PG 29, 240.

137. Además de haberse precavido contra tales peligros, falta aún tener cuidado, si se obra algún bien, de no realizarlo por vanagloria, por deseo de agradar a los hombres o por algún otro motivo humano, a fin de no perder por completo ese poco bien, tal como decíamos con respecto a las langostas, el granizo u otras plagas.

El agricultor no puede permanecer tranquilo aun cuando la cosecha esté a punto y haya sido preservada hasta el momento de la siega. Porque puede ocurrir que después de haber cosechado su campo, poniendo todo su esfuerzo, venga un malvado que, por odio, prenda fuego a su cosecha, reduciendo a cenizas todo su afán. No puede, en consecuencia, estar tranquilo, hasta ver el grano bien limpio y guardado en su granero. Igualmente el hombre no debe dejar de preocuparse aunque haya podido escapar de todos los peligros que hemos enumerado. Porque, en efecto, puede suceder que después de todo esto el diablo busque perderlo, ya sea por pretensión de justicia, ya sea por orgullo, ya sea inspirando pensamientos de infidelidad o de herejía, y no solamente reduce a la nada todos sus esfuerzos, sino que lo separa de Dios. Lo que no ha podido conseguir por actos lo consigue por un simple pensamiento. Porque un solo pensamiento puede separar de Dios, si es recibido y aprobado.

Aquel que quiere ser verdaderamente salvado, no debe jamás permanecer tranquilo hasta su último suspiro. Es preciso desvivirse, preocuparse y pedir sin cesar a Dios que nos proteja y nos salve por su bondad, por la gloria de su santo nombre. Amén.

XV CONFERENCIA: LOS SANTOS AYUNOS

159. En la Ley, Dios había prescrito a los hijos de Israel ofrecer cada año el diezmo de todos sus bienes (*cf. Num 18, 25*). Haciéndolo serían bendecidos en todas sus actividades. Los santos Apóstoles, sabiendo eso, con el objeto de procurar a nuestras almas una ayuda pròvechosa, decidieron transmitirnos ese precepto bajo una forma más preciosa y elevada, a saber, la ofrenda del diezmo de los días de nuestra vida, dicho de otra manera, su consagración a Dios, a fin de ser bendecidos también nosotros en nuestras obras y de expiar cada año las faltas del año entero. Haciendo un cálculo, santificaron para nosotros entre los trescientos sesenta y cinco días del año, las siete semanas de ayuno. Ellos no asignaron al ayuno más que esas sie-

te semanas. Fueron los Padres quienes después convinieron en agregar una semana más, tanto para practicarlo con anticipación como para preparar a aquellos que se van a entregar a los ayunos; y para honrar esos ayunos con la cifra de la santa cuarentena que Nuestro Señor mismo pasó ayunando. Porque las ocho semanas suman cuarenta días, excluyendo los sábados y los domingos, sin tener en cuenta el ayuno privilegiado del Sábado Santo, que es sagrado entre todos, y de todo el año, el único ayuno en sábado. Pero las siete semanas, sin los sábados y domingos, hacen treinta y cinco días. Agregándole el ayuno del Sábado Santo y de la mitad constituida por la noche gloriosa y luminosa, obtenemos treinta y seis días y medio, lo que es exactamente la décima parte de los trescientos sesenta y cinco días del año. Porque la décima parte de trescientos es treinta; la décima parte de sesenta es seis; y la décima parte de cinco es medio; lo que hace un total de treinta y seis días y medio, tal como dijimos¹. Y es, por así decir, el diezmo de todo el año lo que los santos Apóstoles consagraron a la penitencia para purificar las faltas de todo el año.

160. Hermanos, feliz aquel que en estos días santos se cuida bien y como corresponde. Porque si como hombre que es, pecó por debilidad o negligencia, Dios ha dado precisamente estos días santos, para que preocupándose cuidadosamente de su alma con vigilancia y humildad, y haciendo penitencia durante este período, se vea purificado de los pecados de todo el año. Entonces el alma se ve aliviada de su carga, y se acerca con pureza al santo día de la Resurrección, y hecho un hombre nuevo por la penitencia de estos santos ayunos, participa en los santos Misterios sin incurrir en condenación; permanece en el gozo y la alegría espiritual, celebrando con Dios los cincuenta días de la santa Pascua, que es, como se ha dicho, *la resurrección del alma*², y para señalarlos no doblamos las rodillas en la iglesia durante todo el tiempo pascual.

161. Quien quiera purificar sus pecados de todo el año por medio de estos días, en primer lugar debe guardarse de la indiscreción en la comida, pues, según los Padres³, la indiscreción en la comida engendra todo el mal que hay en el hombre. Debe cuidar de no romper el ayu-

1. Encontramos el mismo cálculo en CASIANO, Col. XXI, 25.

2. EVAGRIO, *Sentencias a los monjes*, 40, PG 40, 1279. Versión castellana de Ma. Estefanía Tamburini, en EVAGRIO PONTICO, op. cit. p. 57.

3. No hay ningún apotegma que contenga esta expresión. Sin embargo cf. *Apoteg.* ANTONIO 22, PG 65, 84B.

no si no es por una gran necesidad, y no buscar las comidas sabrosas, ni cargarse con un exceso de alimentos o de bebidas. Pues hay dos tipos de gula. Se puede ser tentado por la delicadeza de los alimentos; no necesariamente se quiere comer mucho, pero se desean comidas exquisitas. Cuando un goloso come un alimento que le agrada, queda de tal manera dominado por el placer, que lo retiene largo tiempo en la boca, masticándolo largamente, y no tragándolo sino a disgusto por causa de la voluptuosidad que experimenta. Es lo que llamamos goloso (*laimargía*).

Otro es tentado por la cantidad; no desea comidas agradables y no se preocupa por su sabor. Sean buenos o malos no tiene otra preocupación que comer. Sean cuales sean los alimentos, su objetivo es llenar su vientre. Es lo que llamamos voracidad (*gastrimargía*). Les voy a decir la razón de esos nombres. *Margainein* significa en los autores paganos *estar fuera de sí*, y el insensato es llamado *margos*. Cuando a alguien le ocurre este mal o locura de querer llenar el vientre se lo llama *gastrimargía*; es decir *locura del vientre*. Cuando sólo se trata del placer de la boca lo llamamos *laimargía*, es decir, *locura de la boca*.

162. El que quiera purificarse de sus pecados debé, con todo cuidado, huir de esos desarreglos, ya que no vienen de la necesidad del cuerpo sino de la pasión y si se los tolera se transforman en pecados. En el uso legítimo del matrimonio y en la fornicación, el acto es el mismo, siendo la intención la que difiere: en el primer caso se unen para tener hijos, en el segundo para satisfacer la pasión. Igualmente en la alimentación se da la misma acción al comer por necesidad o por placer, pero el pecado está en la intención. Come por necesidad aquel que, habiéndose fijado una ración diaria la disminuye si es que le provoca un sobrecargo y se da cuenta de que hay que quitar alguna cosa. Si por el contrario esa ración, lejos de cargarlo no logra mantener su cuerpo y debe ser levemente aumentada, le adiciona un pequeño suplemento. De esta manera evalúa con exactitud sus necesidades y se conforma a lo que ha fijado, no por placer, sino con el fin de mantener las fuerzas de su cuerpo. Este alimento también debe tomarlo con acción de gracias, juzgándose en su corazón indigno de tal ayuda; y si alguno a consecuencia de una necesidad o exigencia es objeto de cuidados particulares, no debe tenerlo en cuenta ni buscar por sí mismo el bienestar, ni pensar que el bienestar es inofensivo para el alma.

163. Cuando estaba en el monasterio (del abad Séridos), fui un día a ver a uno de los Ancianos (pues allí había muchos grandes Ancianos) y encontré al hermano encargado de servirlo comiendo con él. Entonces le dije aparte: "Hermano, tú sabes que esos Ancianos que ves comer y que tienen un poco de solaz, son como los hombres que han adquirido una bolsa y que no han cesado de trabajar y de llenarla (de dinero) hasta colmarla. Después de haberla cerrado, han seguido trabajando y obtuvieron todavía mil piezas más, para poder entregar en caso de necesidad, siempre guardando lo que se encontraba en la bolsa. De esta manera, estos Ancianos no han cesado de trabajar y adquirir tesoros. Después de haberlos guardado han seguido ganando algunos más, los cuales podrían entregar en caso de enfermedad o de vejez, siempre conservando sus tesoros. Pero nosotros que todavía no hemos llenado la bolsa, ¿cómo es que hacemos donaciones?". Este es el motivo por el cual debemos, tal como lo he dicho, juzgarnos indignos de toda concesión, aunque la tomemos por necesidad, e indignos de la vida monástica, y tomar, no sin temor, lo que es necesario. De esta manera no será para nosotros motivo de condenación.

164. Todo esto referido a la temperancia del vientre. Pero no sólo debemos vigilar nuestro régimen alimenticio, debemos evitar también todo otro pecado, y ayunar también de la lengua como del vientre, absteniéndonos de la maledicencia, de la mentira, de la charlatanería, de las injurias, de la cólera, en una palabra de toda falta que se comete con la lengua. Asimismo debemos practicar el ayuno de los ojos, no mirando cosas vanas, evitando la libertad de la mirada que contempla a alguien con impudicia. También debemos prohibir toda mala acción a las manos y a los pies. Practicando de esta manera un ayuno agradable, como dice Basilio⁴, absteniéndonos de todo mal que se pueda cometer con cualquiera de nuestros sentidos, nos acercaremos al santo día de la Resurrección renovados, purificados y dignos de participar en los santos Misterios, como ya lo hemos dicho. Saldremos enseguida al encuentro de Nuestro Señor y lo recibiremos con palmas y ramas de olivo, mientras que él hará su entrada en la ciudad santa, sentado sobre un asno (cf. *Mc 11, 1-8; Jn 12, 13*).

165. ¿Qué quiere decir: *Sentado sobre un asno*? El Señor se sentó sobre un asno a fin de que el alma, según el Profeta (cf. *Sal 48, 21*), se abaje y se haga semejante a los animales sin razón y de esta manera

4. S: BASILIO, *De Jejuniis* Hom. II, 7 PG 31, 196D.

sea convertida por él, el Verbo de Dios, y sometida a su divinidad. Y ¿qué significa *salir a su encuentro con palmas y ramas de olivo*? Cuando alguien sale a guerrear contra su enemigo y vuelve victorioso, todos los suyos salen a su encuentro con palmas para recibir al vencedor. En efecto, la palma es signo de la victoria. Por otra parte cuando alguien sufre una injusticia y quiere recurrir a quien lo pueda vengar, lleva ramas de olivo, pidiendo e implorando misericordia y auxilio, pues los olivos son un signo de la misericordia. Nosotros también iremos al encuentro de Cristo Nuestro Señor con palmas, como delante de un vencedor, pues él ha vencido al enemigo por nosotros; y con ramos de olivo, para implorar su misericordia, a fin de que, como ha vencido por nosotros, nosotros también, implorándole, salgamos victoriosos con él; y para que nos encontremos alzando emblemas de victoria en honor no sólo de la victoria que ha realizado por nosotros, sino también por la que nosotros vamos a tener por él, gracias a las oraciones de los santos. Amén.

XVI CONFERENCIA: EXPLICACION DE ALGUNAS PALABRAS DE SAN GREGORIO CANTADAS EN LA SANTA PASCUA

166. Con gusto les voy a decir algunas palabras sobre las estrofas que hemos cantado, para que no se vean distraídos por la melodía, y para que su espíritu se ponga en consonancia con el sentido de las palabras. ¿Qué es lo que acabamos de cantar?

Es el día de la Resurrección.

Hagamos de nosotros mismos una ofrenda¹.

Antiguamente, en sus fiestas o asambleas, los hijos de Israel presentaban dones al Señor, según la Ley: sacrificios, holocaustos, ofrendas de las primicias, etc. San Gregorio nos exhorta a hacer, como ellos, una fiesta al Señor; nos invita diciendo:

Es el día de la Resurrección,

es decir, es el día de la santa fiesta, es el día de la asamblea divina, es el día de la Pascua de Cristo. ¿Qué es la Pascua de Cristo? Los hijos de Israel realizaron la Pascua, el *paso*, cuando salieron de Egipto, pero ahora la Pascua que san Gregorio nos pide celebrar es aquella que

1. S. GREGORIO NACIANCENO, *Orat. I, 1 y 4*, PG 35, 396A y 397B.

realiza el alma que sale del Egipto espiritual, es decir del pecado². En efecto, cuando ella pasa del pecado a la virtud, realiza el paso en honor del Señor, según la palabra de Evagrio: "La Pascua del Señor es la salida del mal"³.

167. Hoy por lo tanto es la Pascua del Señor, día de fiesta resplandeciente, es el día de la Resurrección de Cristo, que ha clavado el pecado en la cruz, que ha muerto por nosotros y ha resucitado. Llevemos también nosotros dones al Señor, ofrezcamos sacrificios y holocaustos, no ya de bestias sin razón, ya que Cristo no los desea. Pues está escrito: *Tú no quieres sacrificios ni ofrendas de animales, no te han agradado los holocaustos de terneros ni de ovejas (Hb 10, 5-6; cf. Sal 39, 7)*. Y en Isaías: *¿De qué me sirven la multitud de vuestros sacrificios?, dice el Señor (Is 1, 11)*. Pero como el Cordero de Dios ha sido inmolado por nosotros, como dice el Apóstol: *Cristo nuestra Pascua, ha sido inmolado por nosotros (1Co 5, 7)* a fin de quitar el pecado del mundo, y como se ha hecho por nosotros maldición, según la palabra: *Maldito quien cuelga del madero, a fin de arrancarnos de la maldición de la Ley (Ga 3, 13)*, y de hacer de nosotros hijos (Ga 4, 5), debemos por nuestra parte ofrecerle un don que le agrade. Pero para agradar a Cristo ¿qué don, qué sacrificio debemos ofrecerle en este día de la Resurrección, ya que él no quiere sacrificios de animales irracionales? San Gregorio nos lo enseña, ya que después de decir:

Es el día de la Resurrección,
agrega:

Hagamos de nosotros mismos una ofrenda.

El Apóstol dice en el mismo sentido: *Ofreced vuestros cuerpos como víctima viva, santa, agradable a Dios; este es el culto que vuestra razón os pide (Rm 12, 1)*.

168. ¿Cómo debemos ofrecer a Dios nuestros cuerpos como víctima viva y santa? No haciendo *las voluntades de la carne y de nuestros pensamientos (Ef 2, 3)*, sino *marchando según el Espíritu; sin cumplir los deseos carnales (Ga 5, 16)*. Esto es mortificar los miembros terrenales (Col 3, 5). Y a esta víctima la llamamos *viva, santa y agradable a Dios*. ¿Por qué la llamamos *víctima viva*? Porque el animal des-

2. Cf. EVAGRIO, *Cent. V*, 88 y *VI*, 49, PO 28, pp. 212 y 236.

3. EVAGRIO, *Sent. a los monjes*, 40, PG 40, 1279. Versión castellana en EVAGRIO PONTICO, op. cit., ibid.

tinado al sacrificio es degollado y muere al instante, mientras que los santos que se ofrecen a sí mismos a Dios se sacrifican vivos cada día, como dice David: *Por tu causa somos llevados a la muerte cada día, semejantes a ovejas de matanza* (Sal 43, 22). Es lo que dice san Gregorio:

Hagamos de nosotros mismos una ofrenda.

Es decir, sacrifiquémonos, matémonos cada día, como todos los santos, por Cristo nuestro Dios, por él que ha muerto por nosotros. Pero ¿cómo se han dado muerte los santos? *No amando al mundo ni lo que es del mundo*, según lo dicen las epístolas católicas (1Jn 2, 15), renunciando a los *deseos de la carne, a la concupiscencia de los ojos, y al orgullo de la vida* (1Jn 2, 16), es decir, al amor al placer, al amor al dinero y a la vanagloria; tomando la cruz y siguiendo a Cristo (cf. Mt 16, 24), crucificando el mundo a nosotros mismos, y crucificándonos al mundo (cf. Ga 6, 14). Respecto de esto dice el Apóstol: *Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos* (Ga 5, 24). Esta es la forma en que los santos se dan muerte.

169. Pero ¿cómo se ofrecen? No viviendo más para sí mismos y sometiendo a los mandamientos divinos, renunciando a sus voluntades por el mandamiento y por el amor a Dios y al prójimo. *He aquí que hemos dejado todo y te hemos seguido*, decía san Pedro (Mt 19, 27). ¿Qué había dejado? No tenía ni bienes, ni riquezas, ni oro, ni plata. No poseía más que su red, y como dice san Juan Crisóstomo, bien gastada⁴. Pero ha renunciado, tal como dice, a todas sus voluntades, a todo deseo de este mundo; y es evidente que si hubiese tenido riquezas o cosas superfluas, las habría despreciado. Entonces, tomando su cruz, siguió a Cristo, según la palabra: *No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí* (Ga 2, 20). Esta es la forma en que los santos se han ofrecido, mortificando en ellos todo deseo y toda voluntad propia y viviendo sólo para Cristo y sus mandamientos.

170. De esta manera, también nosotros

Hagamos de nosotros mismos una ofrenda,

como nos exhorta san Gregorio. Quiere que seamos

Lo más precioso de Dios⁵.

4. S. JUAN CRISOSTOMO, *Hom. VII in Rom.*, PG 60, 452; cf. CASIANO, *Col. III, 10*.

5. S. GREGORIO NACIANCENO, *Orat. I, 4*, PG 35, 397B. Las siguientes citas de este autor pertenecen al mismo pasaje.

Sí, en verdad, de todas las creaturas visibles, el hombre es la más preciosa. Las otras, el Creador las ha hecho existir con una palabra: *¡Que exista!*, y fue hecho. *¡Que surja la tierra!*, y ella apareció. *Que aparezcan las aguas*, etc. (cf. Gn 1, 3.11.20). Pero al hombre lo hizo y formó con sus propias manos⁶ y puso todas las otras creaturas para que le sirvieran y para su provecho, haciéndolo rey de ellas, y le concedió gozar de las delicias del paraíso (cf. Gn 2). Y cosa más admirable todavía, cuando el hombre cayó de su condición por su propia falta, Dios se la devolvió por la sangre de su Hijo único. De esta manera, de todas las creaturas visibles, el hombre es la cosa más preciosa para Dios, y no sólo la más preciosa, sino, continúa san Gregorio,

la más cercana,

porque dijo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza* (Gn 1, 26). Y también: *Dios creó al hombre. Lo hizo a su propia imagen* (Gn 1, 27), y *sopló sobre su rostro un soplo de vida* (Gn 2, 7). Nuestro Señor mismo al venir a nosotros, tomó la naturaleza del hombre, una carne humana, un espíritu humano, en una palabra se hizo hombre en todo menos en el pecado, introduciendo por ello al hombre en su familiaridad y apropiándose por así decir. Es por lo tanto muy justo que san Gregorio haya dicho del hombre que él es para Dios la cosa más preciosa y la más cercana.

171. Enseguida agrega:

Devolvamos a la imagen
su calidad de imagen.

¿Cómo hacer esto? Aprendámoslo del Apóstol: *Purifiquémonos, dice, de toda mancha de la carne y del espíritu* (2Co 7, 1). Hagamos pura nuestra imagen, tal como la habíamos recibido; lavémosla de toda mancha de pecado, a fin de que su belleza resplandezca en las virtudes. David decía acerca de esta belleza en su oración: *Señor, por tu amor, has dado resplandor a mi belleza* (Sal 29, 8). Purifiquemos entonces nuestra calidad de imagen, ya que Dios la quiere tal como nos la ha dado *sin mancha ni arruga ni nada de eso* (Ef 5, 27).

Devolvamos a la imagen
su calidad de imagen.
Reconozcamos nuestra dignidad.

6. Cf. S. IRENEO, *Demostración de la Predicación Apostólica*, 11, PO 12, 762.

Veamos con qué bienes inmensos hemos sido agraciados y a imagen de quién hemos sido creados. No ignoremos los dones magníficos que hemos recibido de Dios en virtud de su sola bondad, y no por nuestros méritos. Sepamos que hemos sido hechos a imagen de Dios.

Honremos el arquetipo.

No insultemos la imagen de Dios, según la cual hemos sido hechos. ¿Quién, queriendo pintar el retrato de un rey se atreverá a poner colores apagados? Sería despreciar al soberano y atraerse un castigo. En cambio usará colores preciosos y brillantes, dignos del retrato real, agregando incluso láminas de oro. Tratará de poner, en la medida de lo posible, todos los ornamentos del rey, a fin de que viendo la semejanza de ese retrato perfecto, se crea estar viendo al modelo, al mismo rey, por lo magnífico y reluciente de la imagen. También nosotros cuidémonos de deshónrar el arquetipo. Somos la imagen de Dios. Hagamos nuestra imagen pura y preciosa. Pues si se castiga al que deshónra el retrato de un rey, que no es más que un ser visible y de nuestra naturaleza, ¿cuánto más deberemos sufrir si despreciamos la imagen divina que hay en nosotros y no le damos la pureza de su calidad de imagen, tal como lo dice san Gregorio? Honremos pues el arquetipo.

172. Conozcamos el sentido del misterio,
y por qué murió Cristo.

El sentido del misterio de la muerte de Cristo es éste: por nuestro pecado habíamos borrado nuestra condición de imagen, y nos habíamos dado la muerte, como dice el Apóstol, *por nuestras transgresiones y faltas (Ef 2, 1)*. Pero Dios, que nos había hecho a su imagen, movido de compasión por su creatura y su imagen, se hizo hombre por nosotros y aceptó la muerte por todos, a fin de hacernos volver, a los que estábamos muertos, a la vida de la que habíamos caído por el pecado. El mismo, subido a su santa cruz y crucificando el pecado que nos había valido el ser expulsados del paraíso, *llevó cautiva la cautividad*, tal como dice la Escritura (*Sal 67, 19; Ef 4, 8*).

¿Qué quiere decir: *llevó cautiva la cautividad*? A causa de la transgresión de Adán, el enemigo nos había hecho cautivos y nos tenía en su poder. Cuando salían de su cuerpo, las almas humanas eran llevadas al infierno, ya que el paraíso estaba cerrado. Pero Cristo, subido a lo alto de la santa y vivificante cruz, nos arrancó por su propia sangre de la cautividad a la que nos había reducido el enemigo

debido a la transgresión. En otras palabras, nos arrancó de las manos del enemigo, y en cambio, nos lleva cautivos, después de haber vencido y derrotado a aquel que nos tenía cautivos. Esto es lo que significa *llevar cautiva la cautividad*. Ese es el sentido del misterio: Cristo murió por nosotros para llevarnos a la vida, a nosotros, que estábamos muertos, como lo dice el santo⁷. Fuimos arrancados del infierno por el amor de Cristo, y desde entonces está en nuestro poder el entrar en el paraíso. El enemigo no es más nuestro señor y no nos tiene más en esclavitud como antes.

173. Estemos por lo tanto atentos, hermanos, y guardémonos de pecar. Se los he dicho con frecuencia: el pecado cometido nos hace nuevamente esclavos del enemigo, ya que de pleno grado nos sometemos y nos ponemos a su servicio. ¿No es una gran vergüenza y una gran desdicha el ir nuevamente a echarnos en el infierno, después que Cristo nos libró por su sangre y que nosotros sabemos todo eso? ¿No somos acaso dignos de un castigo mucho peor y despiadado? ¡Que Dios en su amor tenga piedad de nosotros y nos conceda tener el espíritu despierto para comprender y ayudarnos a nosotros mismos, a fin de encontrar un poco de misericordia en el día del juicio!

XVII CONFERENCIA: EXPLICACION DE ALGUNAS PALABRAS DE SAN GREGORIO, CANTADAS PARA LOS SANTOS MARTIRES

174. Hermanos, es bueno cantar textos de los santos teóforos, porque siempre tienen la preocupación de enseñarnos todo lo que concierne a la iluminación de nuestras almas. En ellos encontramos también la ocasión de descubrir cada vez, con palabras apropiadas, el sentido mismo del aniversario que se celebra, ya se trate de una fiesta del Señor, de los santos mártires o de los Padres, en síntesis, de toda santa solemnidad. Debemos entonces cantar con atención y aplicar nuestro espíritu al significado de las palabras de los santos, para que no sea sólo la boca la que cante, como dice el libro de los Ancianos, sino nuestro corazón con nuestra boca¹. En el canto precedente hemos aprendido, según nuestra capacidad, algunas cosas sobre la santa Pas-

7. Cf. PSEUDO BASILIO (EVAGRIO), *Carta*, PG 32, 256A.

1. *Apoteg.* ELIAS 6, PG 65.184.

cua: Veamos ahora lo que san Gregorio nos quiere enseñar sobre los santos mártires. El canto dice en su honor lo que acabamos de recitar, que está tomado de sus discursos:

Víctimas-vivas,
holocaustos espirituales², etc.

175. ¿Qué quiere decir: Víctimas vivas? Víctima es todo aquello que se ofrece a Dios en sacrificio, por ejemplo una oveja, un buey o cualquier otro animal. Entonces, ¿por qué san Gregorio dice de los santos víctimas vivas? La oveja que se presenta para el sacrificio, primero es degollada y muerta; luego es despedazada, cortada en partes y ofrecida a Dios. Pero los santos mártires fueron despedazados, desollados, torturados, desmembrados en su carne, estando vivos. Los verdugos les cortaban las manos, los pies, la lengua, les arrancaban los ojos, les despedazaban los costados para que se viesen la forma y disposición de sus entrañas. Y yo digo que todos esos tormentos, los santos los soportaban vivos y poseyendo sus espíritus: por esa razón son llamados víctimas vivas.

Pero ¿por qué: holocaustos espirituales? El holocausto es distinto del sacrificio. Se pueden ofrecer las primicias del animal, y no el animal entero, es decir, tal como está escrito en la Ley: el espaldar derecho, el cebo del hígado, los dos riñones y otras partes semejantes (cf. Lv 3, 4). El que tal ofrece hace un sacrificio, ofrece las primicias. Eso es lo que se llama un sacrificio. Pero hay holocausto, por el contrario, cuando se ofrece la oveja entera, el buey o cualquier otra víctima, y se la quema totalmente, como está dicho: *la cabeza con los pies y los intestinos* (Lv 8, 24; cf. 4, 11). *También se quemaba la piel y los excrementos* (cf. Lv 8, 17); en una palabra, todo, absolutamente todo. Eso es lo que se llama un holocausto. Era de esta manera como los hijos de Israel cumplían con los sacrificios y holocaustos de la ley.

176. Pero esos sacrificios y holocaustos eran símbolo de las almas que quieren ser salvadas y ofrecerse a Dios. Al respecto les voy a decir algunas ideas que han expresado los Padres, para que aprendiéndolas puedan elevar sus pensamientos y enriquecer sus almas.

El hombro, según dicen, representa el vigor, y las manos la acción, como ya lo hemos dicho en otra ocasión³. Siendo el hombro la fuer-

2. S. GREGORIO NACIANCENO, *Orat.* 33,15, PG 36,232D y *Orat.* 24,4, PG 35, 1173D.

3. Conferencia I, 15.

za de la mano, ofrecemos la fuerza de la mano derecha, es decir la práctica de las buenas obras, ya que la derecha, para los Padres, significa el bien⁴. En cuanto a todas las otras partes de las que hemos hablado, el lóbulo del hígado, los dos riñones y su grasa, el anca y la grasa de los muslos, el corazón, las costillas y el resto, también son símbolos. *Todas esas cosas*, dice el Apóstol, *les sucedían en figura, y fueron escritas para nuestra instrucción (1Co 10, 11)*. Les voy a dar la explicación. El alma, según san Gregorio, está formada de partes⁵; en efecto, comprende la potencia concupiscible, la potencia irascible y la potencia racional. Entonces ofrecemos el lóbulo del hígado. Los Padres vieron en el hígado la sede de los deseos. Ofrecer el lóbulo, extremo superior del hígado, es ofrecer simbólicamente la parte más elevada de la potencia concupiscible, dicho de otra manera, sus primicias, lo que ella tiene de mejor y más precioso⁶. Eso quiere decir: no amar nada tanto como a Dios y anteponer el deseo de Dios a todo otro deseo, ya que le ofrecemos, como hemos dicho, la parte más preciosa. Los riñones y su grasa, el anca, la grasa de los muslos, tienen analógicamente la misma significación, ya que allí también según los Padres reside el deseo. De esta manera, todas esas partes son símbolos de la potencia concupiscible. El corazón simboliza la potencia irascible, ya que, para los Padres, es la sede de la cólera. San Basilio lo expresa diciendo: "La cólera es la ebullición y la agitación de la sangre en torno al corazón"⁷. Finalmente las costillas significan la potencia racional, ya que ése es el simbolismo que los Padres atribuyen al pecho. Por esa razón, dicen, Moisés, al revestir a Aarón con las vestiduras del sumo sacerdote, le puso sobre el pecho lo racional, según el precepto de Dios (*cf. Ex 28, 15*). Todas esas partes de la víctima son por lo tanto, como lo hemos dicho, símbolos del alma que, con la ayuda de Dios, se purifica por la ascesis y vuelve a su estado natural. En efecto, Evagrio dice que el alma racional obra según la naturaleza cuando su parte concupiscible desea la virtud; la parte irascible lucha para obtenerla y la parte racional se entrega a la contemplación de los seres⁸.

177. De esta manera, cuando los hijos de Israel ofrecían en sacrificio un cordero, un buey o cualquier otro animal, separaban esas partes

4. Cf. CASIANO, *Col.* 12, 5.

5. Cf. GREGORIO NACIANCENO, PG 37, 1382A; cf. EVAGRIO, *Practicós I*, 61 PG 40, 1236A. Versión castellana en EVAGRIO PONTICO, op cit. p. 47.

6. Cf. EVAGRIO, *Cent. IV*, 32, PO 28, p. 148.

7. S. BASILIO, *In Is.*, PG 30, 424A.

8. EVAGRIO, *Practicós I*, 86, PG 40, 1233-1236. Versión castellana en op. cit. p. 49.

de la víctima y las colocaban sobre el altar, delante del Señor; es lo que llamamos un sacrificio, mientras que el holocausto consiste en ofrecer la víctima entera, quemándola completamente. Siendo, como hemos dicho más arriba, total, definitivo, completo, el holocausto es símbolo de los perfectos, de aquellos que dicen: *Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido* (Mt 19, 27). A ese grado de perfección el Señor invitó a aquel que decía: *Todo eso ya lo observo desde mi juventud*, ya que le dijo: *Una sola cosa te falta todavía. ¿Cuál? Esta: Toma tu cruz y sígueme* (Lc 18, 21-22). De esta manera fue como los santos mártires se ofrecieron totalmente a Dios, ofreciéndose no sólo ellos mismos, sino todo lo que les pertenecía, y lo que tenían a su alrededor. Ya que, según san Basilio, "una cosa es lo que nosotros somos, otra lo que poseemos y otra lo que nos rodea"⁹, como ya se los dije en otra ocasión. Lo que nosotros somos es nuestro espíritu y nuestra alma; lo nuestro es el cuerpo; lo que está a nuestro alrededor son las riquezas y las otras cosas materiales. Los santos se ofrecieron a Dios de todo corazón, con toda el alma, con todas sus fuerzas, según esta palabra: *Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma, y con todo tu espíritu* (Mt 22, 37). No sólo despreciaron hijos, esposa, honor, riquezas y todo lo demás, sino también su propio cuerpo. Por lo cual se los llama holocaustos y holocaustos espirituales, ya que el hombre es un animal racional, y

Víctimas perfectas para Dios.

178. El salmo continúa:

Cordero conocedor de Dios
y conocido de Dios.

Conocedor de Dios: ¿cómo? El Señor mismo nos lo muestra al decir: *mis ovejas escuchan mi voz; yo conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí* (Jn 10, 27 y 14). ¿Qué quiere decir: *Mis ovejas escuchan mi voz*? Lo siguiente: obedecen a mi palabra, guardan mis mandamientos, y por eso me conocen; en efecto, es por la observancia de los mandamientos por lo que los santos se acercan a Dios, y cuanto más se acercan a él, mejor lo conocen y son conocidos por él. Pero si Dios conoce todo, las cosas ocultas y misteriosas, incluso las que no existen, ¿por qué san Gregorio llama a los santos ovejas conocidas por Dios? Debido a que acercándose por los mandamientos, como he dicho, conocen a Dios y son conocidos por él. Cuanto más nos separa-

9. S. BASILIO, *Hom. in illud: Attende tibi ipsi*, 3, PG 31, 204A.

mos y alejamos de alguien, más lo desconocemos y podemos decir que más nos desconoce. De la misma manera diremos del que se acerca, que conoce y es conocido. En este sentido decimos que Dios desconoce a los pecadores, en cuanto los pecadores se alejan de él. El Señor mismo les dice: *En verdad os digo: no os conozco* (Mt 25, 12). En consecuencia, los santos, cuanto más crecen en la virtud por los mandamientos, más se acercan a Dios, y cuanto más se acercan a Dios lo conocen mejor y son conocidos por él.

179. Su redil es inaccesible a los lobos¹⁰.

Llamamos *redil* a un corral donde el pastor encierra y guarda sus ovejas para que no sean atacadas por los lobos, ni robadas por los ladrones. Si el redil está roto en alguna parte, les será fácil a los lobos y a los ladrones entrar para realizar sus malos propósitos. El redil de los santos está asegurado y custodiado por todas partes. Allí, dice el Señor, *los ladrones no perforan ni roban* (Mt 6, 20), ni pueden planear ningún otro daño. Oremos, hermanos, para que merezcamos también nosotros pacer con ellos y poder encontrarnos en el lugar de su dichosa alegría y reposo. Pues, aunque no podamos alcanzar la perfección de los santos ni ser dignos de estar en su gloria, podemos al menos no quedar excluidos del paraíso, a condición de ser vigilantes y esforzarnos un poco, como dice san Clemente: "Si no somos coronados, esforcémonos al menos en no estar lejos de aquellos que están coronados"¹¹. En un palacio hay grandes e ilustres personajes, por ejemplo los senadores, los patricios, los generales, los gobernadores, los consejeros. Todos ellos reciben un digno tratamiento. Pero en el mismo palacio hay otros que sirven por un salario, y también decimos de ellos que están al servicio del emperador; también ellos están en el interior del palacio, y si no tienen la gloria de los grandes, al menos están allí, en el interior. Sucede, por otra parte, que poco a poco, al avanzar obtienen cargos importantes y altas dignidades. También nosotros evitemos con mucho cuidado pecar, para poder al menos escapar del infierno. De esta manera podremos, gracias al amor que Cristo nos tiene, obtener el ingreso en el paraíso, por las oraciones de todos los santos. Amén.

10. S. GREGORIO NACIANCENO, *Orat. 33, 15*, PG 36,233AB.

11. *Secunda Clementis VII*, PG I, 337B.